

José María Ridao

El vacío elocuente

Ensayos sobre Albert Camus



Galaxia Gutenberg



José María Ridao nació en Madrid en 1961 y es licenciado en Filología árabe y en Derecho. En 1987 ingresó en la carrera diplomática, que lo llevó a ejercer en Angola, la Unión Soviética, Guinea Ecuatorial y Francia. En el año 2000 decidió abandonarla para dedicarse exclusivamente a la reflexión y a la literatura.

En Galaxia Gutenberg ha publicado los ensayos *El pasajero de Montauban* (2003), *Weimar entre nosotros* (2004), *Elogio de la imperfección* (2006), *Contra la historia* (2009) y *Filosofía accidental* (2015), las ediciones *Dos visiones de España* (2005) y *Por la gracia de Dios: catolicismo y libertades en España* (2008), así como las novelas *El mundo a media voz* (2001) y *Mar muerto* (2010).

La publicación póstuma de *El primer hombre*, en 1994, provocó un profundo cambio en la recepción de la obra de Albert Camus, pese a que nunca dejó de contar con el favor de los lectores. En este libro, José María Ridaó indaga en los motivos profundos y menos analizados de esa transformación, pero también, y sobre todo, en aquellos aspectos del trabajo literario y filosófico de Camus en los que, por encima del elogio y la admiración actuales, siguen vigentes los tópicos y las interpretaciones interesadas y erróneas que sirvieron para despreciarlo como un pensador sin formación y un autor de «historias bonitas». Ridaó revela para ello la consolidada tradición filosófica en la que cobran sentido las posiciones morales de Camus ante las encrucijadas mayores del siglo XX, así como los condicionantes biográficos y la retórica de la que se vale para expresarse, más relacionada con los problemas del decir filosófico que con simples cuestiones de estilo como interpretaron sus adversarios.

Con *El vacío elocuente* Ridaó alerta, en suma, contra la estéril hagiografía de Camus que, tras rescatarlo del limbo en el que intentaron confinarlo Sartre y los existencialistas, está ahora impidiendo distinguir el interés intelectual por una obra y la devoción emocional hacia un hombre.

JOSÉ MARÍA RIDAO

El vacío elocuente

Ensayos sobre Albert Camus

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero 2017

© José María Ridaó, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017
Imagen de portada: *Subway*, Saul Leiter, 1950 © Saul Leiter Estate/Courtesy
Howard Greenberg Gallery

Conversión a formato digital: Gama, sl
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-66-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Silvina, en silencio

Ce singulier état d'âme où le vide devient éloquent.

ALBERT CAMUS

Índice

Prólogo

Primera parte. El enigma de Albert Camus

Segunda parte. El itinerario de Albert Camus

Camus ante sí mismo

Camus ante su tiempo

Camus ante la existencia

Camus ante el Absoluto

Tercera parte. La verdad transparente de Albert Camus

Prólogo

Albert Camus nunca dejó de ser un escritor reconocido, pero sólo la publicación póstuma del manuscrito inacabado de *El primer hombre*, en 1994, derribó las barreras que habían impedido considerarlo como lo que fue: uno de los más grandes del siglo XX. Las barreras se limitaban, en realidad, a una sola: su expulsión del círculo intelectual más influyente de la posguerra a raíz de la publicación de *El hombre rebelde*, el ensayo donde criticaba la violencia revolucionaria y el tipo de sociedades que engendra. La sobrecedora belleza de *El primer hombre*, la novela en la que trabajaba cuando el 4 de enero de 1960 le sorprendió la muerte en un accidente de automóvil, no fue ajena a este cambio en la apreciación de Camus, aunque tampoco lo explica por completo. Porque la principal aportación de *El primer hombre* a la obra de un autor que había publicado novelas como *El extranjero*, *La peste* o *La caída* iba más allá del indiscutible mérito literario: mostraba sin reservas una verdad que hasta entonces Camus siempre había protegido detrás de una pudorosa ambigüedad, sin ocultarla pero también sin exhibirla; una verdad, por así decir, transparente, que remitía a la experiencia íntima desde la que había concebido sus obras literarias y forjado sus posiciones políticas y filosóficas.

En las páginas de *El primer hombre* aparecía al desnudo por primera vez, sin las máscaras narrativas a las que había recurrido en obras anteriores, un mundo de fascinante belleza, y, a la vez, de aterradora miseria, que no era otro que el mundo argelino en el que transcurrió su infancia y primera juventud. El escritor al que en 1953 darían la espalda los escritores franceses que entonces irradiaban sobre el mun-

do, y que apenas unos años después recibiría el premio Nobel, describe a una madre viuda y analfabeta sin otra distracción cuando regresa de su trabajo como asistente en los barrios acomodados de Argel que contemplar en silencio la calle desde un balcón. Describe, además, al maestro que creyó en su talento y lo libró de abandonar la escuela para buscar un salario de huérfano que aliviara las imperiosas necesidades de una casa gobernada por mujeres solas y acosada por la miseria. Describe, en fin, el momento en el que visita por primera vez la remota tumba del padre, caído como *poilu* en la guerra de 1914, y descubre con un estremecimiento de asombro que él, el hijo, es entonces mayor que el padre cuando murió. Los sentimientos filiales son desplazados por una incontenible compasión hacia una vida joven truncada, y la historia, esa historia que Sartre le acusaba de haber rechazado de antemano, sin comprender el concepto ni su relevancia en el destino del hombre, se le revela como un monstruo mitológico cuyo culto reclama el incesante sacrificio de seres anónimos y desamparados.

Era desde ese mundo, desde esa experiencia íntima descrita en *El primer hombre*, desde donde Camus había hablado como escritor. Las polémicas muchas veces malintencionadas en torno a sus palabras y sus planteamientos, como aquella en que, refiriéndose al terrorismo y la independencia de Argelia, aseguró que entre una justicia que justificara el terrorismo y su madre, escogería a su madre, pudieron ser contempladas a una luz distinta. Y no porque transcurridas tres décadas desde su muerte se le hicieran concesiones en la cuestión filosófica de fondo, sino porque, gracias a las páginas absorbentes, conmovedoras de *El primer hombre*, se descubría que el dilema era, en efecto, un dilema. La justicia a la que Camus se refería era, sin duda, la justicia; pero también la madre era la madre, no un recurso retórico para subrayar el contraste entre los conceptos abstractos y las realidades concretas. La bruma de sospecha, e incluso de desprecio, que envolvía su obra desde la

condena dictada contra ella por Sartre y el círculo intelectual de *Les Temps Modernes* comenzó a disiparse. Aun en el supuesto de que Sartre estuviera en lo cierto y la obra filosófica de Camus adoleciera de una flagrante e inexcusable ignorancia, *El primer hombre* suscitaba sin proponérselo la cuestión de qué importancia debe concederse al saber académico si, levantado el siniestro balance del siglo XX, resultaba que Camus había tenido invariablemente razón frente a sus contradictores, incluido el propio Sartre, por lo demás bien pertrechados de títulos y credenciales. Porque, de concederle en exceso esa importancia, ¿no sería tanto como decir, no que el conocimiento no exime del error, algo que no pasa de ser una trivialidad, sino que excusa de haberlo cometido, una idea que daría cuenta del deplorable papel que tantas veces desempeñaron los intelectuales? Tuvo razón Camus, por descontado, al rechazar la violencia revolucionaria. Pero también al ser uno de los pocos escritores que, junto a Günther Anders y Karl Jaspers, condenó las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, advirtiendo del peligro que representaba para la supervivencia del hombre una tecnología que no se sometiera a más principio que su propio progreso. O al negarse a establecer identidad alguna entre Alemania y el nazismo, interpretando el desenlace de la guerra como una victoria, no de unas naciones sobre otras, sino de los hombres y mujeres comprometidos con la libertad sobre quienes abrazaron la causa del totalitarismo. O al promover durante la guerra de Argelia una «tregua para los civiles», incapaz de alinearse con los independentistas que recurrían al terrorismo ni con los nacionalistas metropolitanos que los combatían empleando la tortura y la pena de muerte. O al defender desde la dirección de *Combat* la necesidad de que los periódicos asuman con intransigencia las consecuencias de un compromiso que los coloca en tierra de nadie. Frente al poder que remunera o amenaza, sin duda; pero también frente a otro enemigo más difuso, y, por eso mismo, más

peligroso: la opinión que busca en ellos ratificar lo que sabe en lugar de conocer lo que ignora.

La labor periodística de Albert Camus ha cobrado inesperada actualidad durante los últimos años, coincidiendo con la puesta en cuestión de la función del periodismo y del futuro de los periódicos. La razón tal vez habría que buscarla en el hecho de que las profecías sobre la influencia de las nuevas tecnologías en los medios de comunicación están ocultando un problema de mayor envergadura: la renuncia a las reglas por las que debe regirse el periodismo que responde al compromiso, no al espectáculo. Para el periodismo de nuestros días, para ese periodismo que responsabiliza a las nuevas tecnologías de su banalidad, Camus no es un ejemplo sino una coartada. Citándolo, invocándolo, exhibiéndolo como un cardenal lujurioso la estampa de una virgen mártir, el periodismo no hace sino profundizar en aquello que lo está deshonrando, y que, de paso, ha infligido un daño irreparable en las sociedades que le han confiado la libertad de expresión como un bien sagrado: elevar los estados de opinión que él mismo crea al rango de verdad ante la que todos deben claudicar, actuando como descarnados grupos de presión y no como instrumentos al servicio de la integridad pública y de la inteligencia. No era ese desde luego el periodismo que practicó Camus, ni en *Alger-Républicain*, la modesta publicación donde aparecieron sus primeros artículos, ni en el efímero *Combat*, que primero dio voz a la Resistencia, y, después, llegada la paz, no ahorró esfuerzos en la reconstrucción moral de una Francia donde la victoria sobre el nazismo no fue la de todos los franceses.

En noviembre de 1938 Camus asiste al traslado en el buque *La Martinière* de cincuenta y seis condenados por los tribunales de Argelia a cárceles de Francia, y el final de su crónica para *Alger-Républicain* revela la insalvable distancia que mantiene hacia el periodismo que se limita a ofrecer carnaza a los peores instintos, convirtiendo el dere-

cho a la información en un grosero pretexto. Después de señalar que siente vergüenza al tener que recordar a los mirrones que se habían agolpado en los muelles que hay escenas ante las que el pudor no puede ceder a la curiosidad, señala que el objeto de su crónica no es juzgar a esos hombres que embarcan cargados de cadenas, porque «otros lo han hecho antes», ni tampoco condenarlos, porque «sería pueril». «Aquí se trata simplemente –escribe Camus– de dejar constancia de ese destino singular y definitivo por el que unos hombres son borrados de la humanidad. Y es quizá el hecho de que este destino sea tan inapelable lo que revela todo su horror.»

En el caso *Hodent*, un funcionario de la agencia encargada del monopolio del trigo acusado de desviar en su beneficio una parte de las cosechas, Camus vuelve a rechazar ese periodismo que, esclavo de las fuentes que le revelan bajo cuerda informaciones y documentos para los que la ley exige el secreto, se presenta a sí mismo como campeón en la investigación de la verdad, cuando, en realidad, es sólo el vergonzante portavoz de los intereses ante los que se humilla. Camus no se precipita a la redacción de *Alger-Républicain* llevando bajo el brazo la primicia del sumario judicial que se instruye contra Hodent, facilitado por un juez ansioso de notoriedad, sino la carta en la que Hodent, un hombre devastado por el linchamiento social que su proceso ha desencadenado por mediación de los periódicos, no sabe ante quién reivindicar su inocencia. Abrazar la causa de Hodent, no la de las instancias políticas y judiciales que le instruyeron un proceso, no le permitió a Camus afianzar la camaradería con fuentes bien situadas, sino la hostilidad de los poderes que se sabían bajo su escrutinio, y que, en 1940, después del cierre de *Le Soir-Républicain*, heredero de *Alger-Républicain*, presionaron al resto de las publicaciones para que no lo aceptaran como redactor. Evocando aquellos años de periodista en Argel, Camus declarará en 1951 a la revista *Calibán*, dirigida por Jean Da-

niel, que «una sociedad que tolera ser distraída por una prensa deshonrada y por un millar de histriones cínicos, condecorados con el nombre de artistas, corre hacia la esclavitud pese a las protestas de los mismos que contribuyen a su degradación». Basta sustituir el nombre de artistas por el de expertos, columnistas o tertulianos para comprobar que la grave responsabilidad de la prensa en la destrucción de las libertades que dice defender no ha cambiado.

Estas páginas en las que se reivindica que la dimensión del Camus filósofo no desmerece de la del Camus literato – como tampoco de la del Camus periodista, aunque, por una mezcla de repugnancia y de hastío hacia una de las actividades más impúdicas y más pagadas de sí mismas, he decidido dejar esta última de lado– son resultado del azar. Recién instalado en París hace unos años, hube de acompañar a mi hija hasta un hermoso *hôtel particulier* en Bourg-la-Reine, a escasa distancia de la capital. Nada más franquear la cancela descolorida se extendía un jardín en el que el equilibrio entre la elegancia y el abandono parecía resultado de un acuerdo secreto con la naturaleza, que la resaltaba sin provocar en contrapartida la sensación de violencia muda que transmiten los parterres rectilíneos y las copas podadas. En el interior, al que se llegaba por un sendero trazado por el uso, llamaba de inmediato la atención una sala con instrumentos musicales, entre los que destacaba un piano y un arpa junto a un atril con partituras en desorden, y, en el lado opuesto, una soberbia biblioteca con las huellas inequívocas de una asidua frecuentación. Al saludar al propietario, un hombre cordial de mediana edad que vivía allí con su mujer y dos hijas, elogí la belleza de la casa, la atmósfera apacible que la envolvía. La construyó mi abuelo a su regreso de Argel, dijo. ¿Y la biblioteca? También era la suya, quizá le suene el nombre, era escritor. Se trataba de la casa de Jean Grenier, a quien sólo conocía por las dedicatorias de Camus en algunos de sus principales ensayos, en especial, la de *El hombre rebelde*. Al confe-